

# Yo te ayudaré a recordar

Mauricio Builes

El Museo de Memoria Histórica de Colombia llega a Medellín —en el marco de la Fiesta del Libro y la Cultura— con su primera gran exposición “Voces para transformar a Colombia”.

Dylan Barbosa es bogotano, tiene 19 años y pertenece al 911, una compañía de logística y seguridad para conciertos y eventos de gala. Casi por azar, durante los últimos días de mayo de este año, trabajó dentro del Pabellón número 20 de la Feria Internacional del Libro de Bogotá, dispuesto para la primera versión del Museo de Memoria Histórica de Colombia. Aunque no estaba dentro de las obligaciones, pasó parte de su tiempo explicando a los visitantes la guerra en La Comuna 13 de Medellín o en Trujillo, Valle (sabía del tema porque leía una, dos y tres veces los textos en las paredes del Museo). También consoló mujeres que se quebraron ante los relatos, se aprendió las canciones con las que resisten los líderes de Buenaventura y hasta tuvo tiempo de leer capítulos de un libro sobre la coca en el Putumayo. Dylan, durante esos días, hizo memoria de cosas que no le tocó vivir. “Un día hice guardia en la parte de ‘cuerpo’, donde están las historias más duras (...) y lloré. No aguanté”, dijo. Algo tuvo que transformarse dentro de Dylan, algo tuvo que cambiar a partir de esos días y ese brote de esperanza es lo que impulsa al Museo a emprender una itinerancia por diferentes ciudades del país.

El próximo destino (del 7 al 16 de septiembre en el marco de la Fiesta del Libro y la Cultura) es Medellín, una ciudad que ha sufrido el conflicto armado como pocas. Según el Observatorio de Memoria del Conflicto del Centro Nacional de Memoria Histórica, desde 1980 hubo al menos 132.529 víctimas del conflicto armado en la ciudad. El desplazamiento fue,

por mucho, la modalidad más usada, con 106.916 casos; le siguen el asesinato selectivo, con 19.532, la desaparición forzada, con 2.784, y luego las 1.175 víctimas que dejaron 221 masacres.

Esa violencia, por supuesto, no ha sido exclusiva de la capital, ha recorrido todo Antioquia: desde Argelia y Nariño hasta San Juan de Urabá, desde Vigía del Fuerte hasta Segovia. Pero no son sólo las cifras de violencia las que justifican que el Museo esté en esta región: Medellín y Antioquia han sido para el país un ejemplo de resistencia y capacidad organizativa por parte de las comunidades que han mostrado dignidad y capacidad de transformarse ante los escenarios más oscuros.

Esos relatos están presentes en el Museo de Memoria Histórica de Colombia. Pero son relatos en construcción. La guerra y sus memorias aún no terminan, siguen asesinando líderes casi cada semana, hay brotes de violencia en diferentes rincones del país y ese es, precisamente, el reto del Centro Nacional de Memoria Histórica que, por mandato, ha venido liderando la construcción física y social del Museo desde 2012. A diferencia de otros países que también han sufrido conflictos armados, los actores involucrados en Colombia son múltiples, a veces difusos, las raíces sociales, étnicas, regionales, ideológicas, de género son diversas, y la misma degradación de lo que ha ocurrido desde hace sesenta años complejiza el relato.

Y esa es la principal razón por la cual los curadores decidieron hacer la exposición como un recorrido de la mano de tres protagonistas: tierra, cuerpo y agua. Cada uno narra el conflicto armado y responde a las siguientes preguntas:



Óscar Muñoz. *Paístiempo*. Pirograbado sobre papel periódico. 33 x 56 cm. c/u. 2007

¿qué le hace la guerra al cuerpo, a la tierra y al agua?, ¿qué hacen el cuerpo, la tierra y el agua en la guerra? Y ¿cómo estos nos cuentan la guerra? Las personas que lleguen al Parque de los Deseos en Medellín —donde estará instalado el Museo— verán que las respuestas están basadas en algunos de los casos investigados por el CNMH para la elaboración de sus informes. Dichas respuestas estarán dadas en varios formatos: ilustraciones, textos, mapas, fotos, líneas de tiempo, videos, historias gráficas, paisajes sonoros y objetos.

“Voces para transformar a Colombia” se estrenó en la pasada Feria Internacional del Libro de Bogotá, con un pabellón de más de 1.200 metros cuadrados. Allí llegaron 73 mil visitantes, que no sólo recorrieron la exposición, sino que participaron en ella: dialogaron con 162 víctimas, asistieron a eventos artísticos y culturales y dejaron sus ideas y compromisos con el país en distintos lugares de la muestra.

La idea es que la experiencia se repita en Medellín. “No queremos sobrecargar con el horror —dijo, Cristina Lleras, una de las curadoras—. Gran parte de la exposición está basada en las historias de personas que han hecho cosas increíbles por buscar otras salidas a la violencia”; y por eso, el propósito con las personas que visiten el Museo durante los 10 días que dura la Fiesta del Libro y la Cultura es que salgan transformadas, que conozcan lo que ha sucedido en Colombia en términos de conflicto armado, pero no con un interés revanchista sino de cambio y conmoción.

Uno de los principales retos a la hora de construir esta primera exposición tuvo que ver con la pregunta ¿cómo hacer para que regiones tan diferentes como Montes de María y el Bajo Atrato, por ejemplo, se sientan identificadas en un mismo espacio?, ¿cómo se interpela, allí mismo, a un indígena de La Guajira, a un mecánico de Bucaramanga y a un empresario de

Medellín? El consenso o la satisfacción plena es difícil y más en un país donde aún están inscritas tantas venganzas del pasado y cuesta tanto superar los odios; pero, a juzgar por lo vivido en Bogotá en el primer semestre de este año, más que satisfacción por lo que se había escuchado o visto durante el recorrido, los visitantes salían con una pregunta en la cabeza: ¿qué puedo hacer yo para transformar esto?

Y tal vez ese sea uno de los primeros aciertos del Museo. Rubén Chababo, ex director del Museo de la Memoria de Rosario (Argentina), considera que la meta en este tipo de proyectos está más en la capacidad que tenga el guion museográfico, la narrativa, de interpelar las sensibilidades adormecidas que en la satisfacción plena de todos los ciudadanos. “Ningún Museo puede lograr aquello que la sociedad no se ha propuesto transformar, pero esta clase de Museos puede contribuir, sin embargo, a generar consciencia acerca de la dimensión de lo ocurrido y también de sus consecuencias”, dijo.

## #NoMeQuieroMorir

Las historias dentro del Museo no son en blanco y negro, no hablan simplemente de víctimas y victimarios: hablan de seres humanos, de comunidades que han rechazado la guerra, de líderes que han defendido la vida. Estamos en una coyuntura en la cual la paz les está costando la vida a líderes y lideresas en todo el país. Cifras del Observatorio muestran que desde la firma del Acuerdo de Paz han sido asesinados 22 líderes en Medellín y, recientemente, la oenegé Nodo Antioquia denunció que solo en la Comuna 13 hay catorce amenazados.

Por eso, esta exposición es un espacio para contar sus historias y enaltecer su trabajo: el de las madres del barrio 20 de Julio, los reclamantes de tierras del Urabá, los indígenas wiwa en la Sierra Nevada, las mujeres de la Organización

Femenina Popular, los defensores del agua en el Atrato, los campesinos cocaleros de Putumayo.

Gonzalo Sánchez, director del Centro Nacional de Memoria Histórica, dijo hace poco en Jardín, Antioquia, que:

Los asesinatos de líderes y defensores de los dos últimos años hacen parte de una larga travesía de los movimientos sociales, de derechos humanos y de los movimientos por la paz. No debemos pensar esta violencia de manera aislada, sincrónica, sino que debemos verla en una larga duración que nos interroga, más allá de los episodios, por los engranajes de poder y terror que la alimentan.

Es por eso que el Museo de Memoria Histórica de Colombia también debe servir de altoparlante para sus voces; es a través de ellas que una sociedad puede conocer la dimensión del dolor, la injusticia y las múltiples formas de supervivencia de las comunidades. Sin embargo, también hay que tener claro que un Museo de Memoria Histórica no es una fórmula mágica para curar las heridas o hacer efectiva la justicia. El camino para ello es largo, es un desafío que debe encarar el país y sus instituciones.

“Voces para transformar a Colombia” es un adelanto de lo que será el Museo, que se empezará a construir este año y abrirá sus puertas en 2020. Y ese adelanto es un privilegio que se debe aprovechar: “Ningún museo de la memoria del mundo ha puesto su guion ‘a consideración del público’ antes de abrir sus puertas de manera definitiva”, dijo Chababo. El final de esta historia, de la historia de Colombia, todavía no está escrito. El Museo en Medellín es una oportunidad para que los antioqueños construyan también este museo. Para que se conmuevan, se hagan preguntas, imaginen futuros distintos y transformen la realidad.

**Mauricio Builes** es jefe de prensa del Centro Nacional de Memoria Histórica.



